

LUIS GONZALO SEGURA

# EL LIBRO NEGRO DEL EJÉRCITO ESPAÑOL



**Luis Gonzalo Segura** es exeniente de las fuerzas armadas españolas expulsado en junio de 2015 por denunciar públicamente corrupción, abusos, acosos y privilegios anacrónicos. Colabora de forma habitual con el diario digital *Público*, *Russia Today* y la revista *El Jueves*, medios en los que cuenta con sección propia. Es asimismo autor de *Un paso al frente* (2014) y *Código rojo* (2015).

akalANVERSO



akal

Diseño interior y cubierta: RAG  
Motivo de cubierta: Juanjo Cuerda

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

© Luis Gonzalo Segura, 2017

© Ediciones Akal, S. A., 2017

Sector Foresta, 1  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España  
Tel.: 918 061 996  
Fax: 918 044 028  
[www.akal.com](http://www.akal.com)

ISBN: 978-84-460-4500-7  
Depósito legal: M-28.147-2017

Impreso en España

# Epílogo

## Coordenadas de un suicidio

### COORDENADAS DE UN SUICIDIO

Aunque parezca fácil coger un bolígrafo y apuntar a diestro y siniestro, lo cierto es que no lo es. No es nada fácil. Cada vez que uno toma semejante determinación se gana un enemigo, ya lo comenté en el prólogo, y ello contribuye de forma decisiva a recibir un golpe, o contragolpe si se prefiere, o a ser objeto de alguna venganza. En muchos casos, la consecuencia de ello es el aterrador silencio. Por ejemplo, me cerré las puertas de uno de los canales más importantes de televisión cuando afirmé que uno de los problemas de La Sexta para desvelar lo que sucede en el mundo militar se debía a la intensa amistad que siempre ha mantenido Antonio García Ferreras, todo un peso pesado en su cadena, con Bono, Zapatero o Chacón y, no menos importante, que el PSOE dio y da trabajo a la hermana (Mercedes) de la esposa de Ferreras (Ana Pastor). De hecho, el *pesoeísmo* de Ferreras ha sido siempre reconocido, como cuando en 2004 ganaron las elecciones los socialistas y desaparecieron los iraquíes y los afganos de sus informaciones. No todo se debe a ataques, otras veces se trata de conflicto de intereses; por ejemplo, cuando en el año 2017 supe que por fin había conseguido la apertura de juicio oral y la imputación contra *El Confidencial* y el periodista Ángel Collado por su publicación en la que me calumniaban («El *fichaje* de Podemos: autoritario, machista e investigado por acoso sexual»<sup>1</sup>; incluso se impuso una fianza de 250.000 euros), tuve claro que La Sexta no se haría eco del tema no solo por la venganza de Ferreras y compañía, sino por las relaciones que ambos medios mantenían. Así pues, aquello no era ni podía ser noticia. Además, el resto de los medios callaron en general, por aquello de «perro no come perro».

Por tanto, espero contraataque, no como en la guerra de las galaxias, pero por ahí, por ahí. Sutil, eso sí. Seguramente, sin dar

la cara, pero lo habrá. Tengo que decir al respecto que me importa un pimiento lo que se pueda afirmar de mí, como si se asevera que soy una bestia inmundada que dejaría a Jack el Destripador en un aficionado. Cualquiera es muy libre de pensarlo, pero para mí lo único importante es lo relatado aquí y la certeza o veracidad de lo mismo en su conjunto. De hecho, no es un proceso nuevo para mí ni tampoco para aquellos que en algún momento se enfrentaron al monstruo:

Al extenderse [la UMD], fue conocido por algunos mandos y los servicios de información, el SECED, que dependía de presidencia del Gobierno, se limitó a observar; en cambio, se movió activamente la red de espionaje interno del Ejército: Segunda Bis (SIBE), dirigido por el coronel José María Sáez de Tejada, que contaba con policías y guardias civiles. No se limitaron a vigilar a la UMD sino también a calumniarla, haciéndola pasar por una organización revolucionaria, tratando de inventar una relación con ETA e intoxicando a las guarniciones con una campaña de falsedades difundidas mediante *notas confidenciales*<sup>2</sup>.

Más allá de las consecuencias que pueda ocasionarme este libro, que ya he afirmado que no me importa, entre otras cosas porque después de lo que he vivido y después de perderlo todo ya nada o casi nada me importa, creo que no sería coherente que hubiera utilizado este libro como brazo ejecutor, además de como alegato, y no me incluyese yo. Porque aun siendo complejo atizar a diestro y siniestro, lo cierto es que cuando llega la hora de mirarse al espejo, la cosa cambia. He aquí, pues, mis propias debilidades y contradicciones. Al menos, una parte de ellas.

Puedo afirmar que entré en el ejército pensando que la institución era otra cosa muy distinta de lo que realmente era, en parte también por la bisonería de los veinte años. No soy ni mucho menos una persona que actúe sin convicciones, entre otras cosas porque antes que cura fui cocinero. Es decir, antes que militar revolucionario fui objetor de conciencia, lo cual demuestra, al menos en parte, que siempre fui un bicho un tanto extraño entre la oficialidad y que mi forma de pensar es anterior a mi entrada en el Ejército y, por supuesto, a cualquier episodio vivido. Cuando en el año 2005 aprobé una oposición y me convertí en oficial, puedo afirmar que no podía estar más contento, entre otras cuestiones, porque había es-

tado tres años en el Centro Geográfico del Ejército y, desde luego, aquello no era ni mucho menos el Ejército de Franco. Era otra cosa. Era, con todos sus defectos, el siglo XXI.

Una vez que me incorporé a la Academia General Militar de Zaragoza y, posteriormente a mis destinos (Regimiento de Transmisiones n.º 22, que manejaba con brazo de acero el conocido como «JEME de Pozuelo», teniente coronel Arce, y la Jefatura de Sistemas, Telecomunicaciones y Asistencia Técnica), comencé a tratar con ese Ejército de Franco estandarizado a niveles OTAN. En la unidad a la que fui destinado me encontré un subteniente y un sargento de los de toda la vida. El subteniente, zapador y paracaidista reconvertido a *pelacables*, dominaba el CECOM con una vara. Literalmente. Y, claro, pasaban cosas extrañas. Se entraba a trabajar a las nueve, los teléfonos móviles esto, las impresoras aquello, las tarjetas de telefonía para allá, el *fondillo* por acá... Aquello fue un choque tan grande que, a los pocos meses, los suboficiales ya no estaban allí y yo me había ganado fama de oficial ogro (en ese momento arresté a una de las dos personas a las que he arrestado en casi diez años de oficial, lo que desmonta objetivamente lo de autoritario). Tanto es así que me enviaron a un sargento conflictivo, para que le diera caña. Pero, claro, como yo no era de esos, terminó encajando a la perfección.

Yo tenía una máxima, y era que el trabajo saliera. Por ello, siempre fui flexible con los permisos y con cualquier privilegio para aquellos que trabajaban conmigo. Igual que había ocasiones en las que teníamos que trabajar diez o doce horas al día durante varios días, cuando no había trabajo mandaba a la gente a casa. Eso de hacer sacar y meter las cajas del almacén siempre me pareció una gilipollez. Y lo de desfilar, otra. Ocurre que el ejército no estaba preparado para esas ideas y yo, seguramente, tampoco lo estaba para el ejército. Recuerdo que sustituí la inflexible y aburrida carrera diaria por partidas de pádel. Aquello fue un escándalo, hasta que un año después casi todo el cuartel terminó en lo mismo. Y a los pocos años aquello se había extendido como la pólvora. Creo que fuimos pioneros. También recuerdo que *tropeaba*, esto es, me tomaba cafés con la tropa, entre otras cosas porque eran los que estaban conmigo a diario y eso de relacionarme solo con los de mi empleo jamás lo contemplé. Las personas son personas por encima de todo.

Dicho esto, lo cierto es que mis primeros tres años de mando no fueron buenos. Siendo sincero, fueron pésimos en muchos aspectos

y no puedo ni sería honesto ocultarlo. No es fácil mandar. Se puede caer en el extremo de priorizar los intereses de la unidad por encima de los intereses personales o justo todo lo contrario. Creo que al principio pequé un poco de lo primero, del síndrome típico del recién salido de la academia, y al final pequé en exceso de lo segundo, demasiado compadreo. Hasta tal punto que, por momentos, sentí que había perdido autoridad y que si quería recuperarla tendría que hacer una escabechina, así que tomé el camino fácil y me fui a otra unidad a empezar de cero con las lecciones aprendidas.

En esos tres años, aunque uno siempre encuentra excusas para engañarse, lo cierto es que poco a poco fui devorado por la corrupción del sistema. La anterior frase suena genial, porque parece que yo era un ente absolutamente inocente que de repente fue engullido por una fiera salvaje. Y lo cierto es que no fue así. Recuerdo que un general pidió (mediante un suboficial) que le hiciéramos un tendido de cable en su domicilio particular y le contesté que me enviase un escrito, lo que provocó que al tiempo ni me mirase y, claro está, mi unidad, la gente que trabajaba en ella y cualquier petición de la misma terminaron en el cubo de la basura. Cuando llegó el siguiente general hizo la misma petición, con el agravante de vivir en Segovia, y yo le mandé dos militares a Segovia a que hicieran el trabajo en su casa. Aquello redundó en beneficios para la unidad y, también, para qué negarlo, en beneficios personales para mí al estar mejor considerado. Por desgracia, uno es mejor oficial si envía dos soldados a casa del general a que le haga trabajos particulares que si no lo hace, y ahí se empieza uno a perder. En la mitad. Desgraciadamente, la corrupción es tan generalizada y aceptada dentro de las fuerzas armadas que no se puede vivir al margen de ella. Desde luego, jamás llegué al nivel de mis predecesores, pero mi permisividad fue enorme con comportamientos corruptos menores. Aquello, aunque uno se engañe, no termina de ser bueno. Vales de combustible para pagar vinos de San Fernando, tarjeta de combustible para que los soldados cobraran los desplazamientos que hacían o combustible del depósito para comprar colchones o sillones o material que necesitaba la unidad. Siempre me dije lo mismo que a día de hoy se dicen muchos oficiales que se consideran, equivocadamente, inocentes: «jamás me he llevado un céntimo a mi casa», incluso en una ocasión nos dieron dinero en B para comprar camisetas para un equipo de fútbol de la unidad (este tipo de acciones eran absolutamente cotidianas) y yo puse de mi bolsi-

llo la mitad del montante. Pero lo cierto es que eso no es suficiente. Ni mucho menos. Hasta recuerdo que celebrábamos todos los 30 de mayo, día de San Fernando, Patrón de los Ingenieros, con un evento (barbacoa o paella) y lo pagaba el Regimiento de Artillería Antiaérea con la bolsa de la comida con la empresa contratada (Ramiro Jaquete, para ser más exactos) y los vales o la tarjeta de combustible del Regimiento de Transmisiones n.º 22. «Segura, el vino de San Fernando nos va a costar tantas comidas», me decía el coronel, o «toma 80 euros en vales de combustible», me decían desde el Regimiento de Transmisiones n.º 22. Y sin problema, porque aquello era como la seda para que luego todo funcionara bien. Allí se servía, lo hacía la tropa, vino, cervezas, paella, barbacoa, y los altos mandos se volvían increíblemente receptivos. Siempre me dije que fue por el bien de la tropa, pero lo cierto es que había mucho de beneficio personal también, de ser aceptado y recompensado por el sistema. De sentirse parte del equipo, de recibir la palmada en la espalda. Y la palmada, más allá del trabajo duro, se consigue en el Ejército, sobre todo, con los vinos.

Todo cambió en el año 2009. Por un lado, fui destinado a la JCISAT (Jefatura de los Sistemas de Información, Telecomunicaciones y Asistencia Técnica), unidad en la que los chanchullos ya no eran de 80, 100 o 150 euros, sino de miles y millones de euros. Eso te impresiona. Además, habría que destacar tres circunstancias. La primera es que yo iba a una unidad que había sido desmantelada por corrupción, ya que un teniente había estado vendiendo portátiles por eBay, el cual por cierto sigue siendo militar mientras a mí me han expulsado (ya se vio en este libro). Aquello hizo que, siendo teniente, asumiera tareas directivas, propias de teniente coronel, y labores operativas, propias de soldado o cabo. Durante ese tiempo trabajamos de una forma bestial muchas personas en la unidad. Por otro lado, en la sociedad se estaban produciendo dos procesos definitivos: 1) la información comenzaba a fluir por internet evitando los canales oficiales, y 2) la crisis cada vez era más acuciante. Creo, sin duda, que una de las estadísticas más reveladoras es la que muestra el Estudio General de Medios sobre la generalización de internet: en el año 1999 solo el 0,9% de la sociedad tenía acceso a internet y en el año 2016 suponía el 69,9%, con dos escalones muy marcados: 2005, con casi un 20%, y 2010, con casi un 40%<sup>3</sup>. Y, claro está, estar en una unidad en la que se despilfarraban millones de euros y la corrupción campaba a sus anchas (de

mayo a septiembre se salía a las dos y se comía a las tres, que alguien pregunte cuántas personas se facturaban), a la vez que fluía la información que desmontaba el mito creado sobre la España democrática, fue demasiado para mí. Aun habiendo sido partícipe del sistema, decidí romper todo aquello que me unía con él. Llegaron los partes, las denuncias y, al final, los libros y los medios de comunicación. Todo.

Ahí fue cuando vi desfases informáticos por valor de millones de euros, compras de vacante, manejos de soldados como si fueran casi esclavos, sistemas de telecomunicaciones que no existían por los que pagábamos más de un millón de euros al año a la Informática de El Corte Inglés, los chanchullos en comida y gasolina a gran escala, fraccionamientos de contrato para otorgar contratos a empresas amigas, manejo de dineros en sobres para pagos injustificables, eventos como comidas o cenas, un general mintiendo en un documental sobre unas medidas de seguridad que no existían... porque en el documental «Amenaza Cyber» del programa *En Portada* de RTVE (4 de octubre de 2012)<sup>4</sup> aparece el general José Manuel Roldán Tudela, en la misma sala que en esos momentos estaba a mi cargo, explicando algo que en realidad no hacíamos (se hizo un *casting*) y, claro, aquello fue un cachondeo. Pero más allá de las risas y el estupor, lo cierto es que se estaba engañando a la ciudadanía. De hecho, aunque nosotros hacíamos una labor muy importante, la ciberdefensa no se encontraba entre nuestros cometidos (hubo un programa piloto que entonces ni siquiera estaba operativo), lo que queda en evidencia al saber que la primera unidad de ciberdefensa se creó seis meses después de la emisión del documental (el Mando Conjunto de Ciberdefensa se creó el 19 de febrero de 2013 y tardó un año en estar medianamente operativo)<sup>5</sup>.

En cualquier caso, hasta entonces, creo que vivía casi como una larva, encerrado en una pulpa, en una gran y cómoda mentira. En la que muchos viven. Y en la que muchos quieren seguir viviendo. «Si a mí no me afecta, no pasa nada», «si lo hace todo el mundo, no puede ser malo», «jamás me he llevado un céntimo, por lo que soy una persona honrada»... Ni siquiera leía las noticias referidas a Defensa y casi todo lo aquí relatado fue como si no hubiera existido para mí durante todo este tiempo. Ahora mismo me parece absolutamente increíble que pudieran morir mis compañeros, que pasaran auténticas aberraciones y yo no me cuestionara lo que acontecía.

Recuerdo que un día un oficial me increpó en el tren, ya después de la publicación de *Un paso al frente*, y tras una educada discusión me espetó «¿qué hay de malo en tener un fondillo? Nosotros tenemos tres mil euros por lo que pueda surgir». Lo que hay de malo es que fondillo a fondillo, cantina ilegal a cantina ilegal y chanchullo a chanchullo, después no hay seis mil euros para que nuestros militares vuelen en un Tupolev en lugar de hacerlo en un Yak-42. Y eso les mata. Pero no nos entra en la cabeza. Quizá porque somos *cabezabotes*, quizá porque nos convirtieron en cabezabotes. Tal vez porque toda la sociedad lo sea.

En general, visto con la perspectiva que tengo ahora, me resulta casi increíble el nivel de engaño en el que vivía y cómo era capaz de criticar e indignarme con los casos de corrupción ajenos al mundo militar cuando yo formaba parte de todo ello. A una menor escala, pero yo era un componente más. Supongo que algo que termina absorbiéndote mucho es el poder de la galletita, el premio, la palmada en la espalda, la necesidad de sentir que el sistema te respalda, que haces las cosas bien. Como en el colegio cuando se sacan buenas notas, algo así. Y es terrible porque por la galletita somos capaces de ignorar casi todo. Por suerte, yo me formé como persona fuera del mundo militar y ello contribuyó a que la influencia de la galletita no fuera tan enorme como en otros casos, aunque cierto es que durante los primeros seis años, sobre todo los tres primeros de mando, sí que lo fue.

Solo hay que recordar cómo participé de la misión OTAN en Afganistán. Pero en aquel momento no me cuestionaba la criminalidad de dicha organización, entre otras cuestiones porque me decía a mí mismo que solo iba a hacer cuestiones técnicas y que aquello no tenía nada que ver con lo que pasaba. Obviamente, era y es mentira. Todos contribuimos de una u otra forma y yo participé de aquello, aunque fuera inventariando el material informático. Por otro lado, es indudable que la cultura militar te obliga a ir a este tipo de conflictos porque son oportunidades en las que desarrollarte y promocionarte profesionalmente. Ser mejor militar. Porque es mejor militar el que acude a muchos conflictos que el que acude a pocos o ninguno. Y es repugnante que sea así y que seamos capaces de autoengañarnos de semejante manera mirando únicamente nuestro beneficio personal. Yo lo hice y espero no volver a hacerlo en mi vida, ni aunque volviera al Ejército.

Supongo que no es una casualidad que los denunciantes de corrupción seamos todos personas por encima de los treinta años y en muchos casos por encima de los cuarenta. Presumo que es necesaria una cierta madurez para poder decir no, para resistirse a la galleta, y uno de los grandes problemas es que, cuando eso sucede, uno ya se ha hecho con un pasado dentro del sistema, ha participado en mayor o menor medida, de una forma u otra, de la mafia o de la secta o de aquello que sea que llamamos Ejército y, por otro lado, atesora unas cargas que hacen casi imposible denunciar. Porque es evidente que los corruptos y los que sostienen el sistema tienen armamento contra ti, aunque sea en razón de nimiedades, así que hay que ser muy fuerte para decir «vale, lo acepto, lo hice mal, pero esto no va a volver a pasar y esta es la raya que no se volverá a traspasar y, a partir de ahí, que se ponga el sol por donde plazca». Así que es inevitable que tenga que pedir perdón y así lo hago, y que tenga que confirmar que sí, que tengo pasado, ni mucho menos tan siniestro como muchos desearían, pero sí que lo tengo. Yo formé parte de la mafia, considérenme, pues, un arrepentido. Por tanto, lo primero es rectificar, a pecho descubierto, por eso nunca me he escondido y son múltiples las charlas en las que se pueden encontrar palabras mías al respecto. Porque en las fuerzas armadas es imposible sobrevivir si no elevas el nivel de permisividad con la corrupción y participas de ella de una forma u otra, en unos u otros montantes, de unas u otras acciones. Aunque sea de forma mayoritariamente pasiva y luego te digas «todo está bien, no me he llevado dinero a mi casa, todos lo hacen», lo cierto es que no deja de ser una burda mentira.

Como no deja de ser una burda mentira que muchos militares piensen que no son responsables de lo que acontece, que son inocentes, que no participan del aquelarre o que no son tan mafiosos como el que más, aunque sea desde su pasividad. Basta para todos ellos dos preguntas para desarmarles: 1) ¿conoció usted la corrupción, los abusos, los acosos y los privilegios anacrónicos en las Fuerzas Armadas u otras desfachateces varias relatadas en este libro (armamento, crímenes de guerra, etc.)?; 2) ¿cuántas denuncias ha interpuesto en los juzgados al respecto? Si un militar responde a la primera cuestión que no, ello solo se puede deber a dos cuestiones: *a)* es idiota, miente y/o se miente, está profundamente alienado, o *b)* forma parte de ese bajísimo porcentaje de militares que solo han estado destinados en una unidad en toda su carrera mili-

tar y, por azar de una misteriosa confluencia de cósmicas casualidades, a su unidad no ha llegado la mancha de estiércol. En cuanto a la segunda pregunta, solo añadir que todos aquellos que respondieran sí a la primera cuestión y no a la segunda habrían cometido una falta, un delito o muchas faltas y/o muchos delitos.

Porque habría que preguntarles, por ejemplo, al teniente coronel Ortiz o a los capitanes Aldea y Carrillo si no sienten que hicieron el ridículo al meterme en un baño/vestuario y, tras llevar una mesa y cuatro sillas, notificarme junto a una ducha que había perdido mi acreditación de seguridad. Que ya no era fiable, que ahora era un delincuente. Sobre todo porque también habría que preguntarle al teniente coronel Ortiz (el encargado de redactar el informe que concluyó con las dos primeras faltas graves) por qué y para qué repartió un sobre con entre 450 y 500 euros, o al capitán Aldea qué hizo con unos vales de gasolina de 2.000 euros que encontró un día sin saber ni que existían, o al capitán Carrillo por su merecida medalla meses después de declarar contra mí. Como habría que preguntarle al general Goberna o al teniente coronel Arce (al «JEME de Pozuelo», ni más ni menos) por tantas y tantas cuestiones. Como habría que preguntarle a casi todo el Ejército. Y todos responderán, casi sin excepción, que sirvieron a la patria, como el del fondillo de los 3.000 euros, como los que han contratado canales de pago en cuarteles de toda España en lo que puede constituir uno de los mayores fraudes de nuestra historia (por el número de cuarteles y por el tiempo en el que se ha estado produciendo), como los que han organizado maniobras ficticias, o como cuando quemábamos munición a lo bestia en diciembre porque no podía quedar ni un cartucho. Ello por no hablar de la comida, el combustible, los cursos de formación, las obras o las prendas militares, que no son sino auténticos agujeros negros que nadie se atreverá a investigar.

Con esta epílogo lo que quiero decir a las claras es que yo no soy más que nadie y que, desde luego, no pretendo agredir a nadie con este libro, aunque seguramente muchos lo sientan así, como seguramente yo lo habría sentido así si este libro lo hubiera escrito otra persona hace diez años, cuando estaba imbuido en la vida paralela, en ese confortable *Matrix* conectado a la mendacidad. Lo que pretendo, pues, es que las cosas comiencen a hacerse bien, que los periodistas informen, que los representantes de asociaciones luchen, que los políticos legislen y fiscalicen, que la cúpula militar cambie,

y que aquellos que han pasado al retiro confiesen y se rediman contando a la ciudadanía y pidiendo perdón (porque tenemos que hacerlo), que el ministerio de Defensa no nos meta en otra quiebra, que los escritores y actores y directores y artistas rompan el tabú, que la ciudadanía despierte, que el rey deje de ser el señor feudal al margen de la legalidad que es o que deje de ser jefe de las Fuerzas Armadas, que no haya otro Irak ni otro Afganistán, que no se maltrate a la tropa, que haya debate... Todos hemos hecho cosas deshonestas en determinadas ocasiones, todos hemos engañado en múltiples ocasiones, sobre todo a nosotros mismos, porque la mentira forma parte de nuestra existencia, y todos nos hemos equivocado en más de una ocasión, pero nada, ninguna carga, ningún pasado ni ningún error nos impide levantarnos un día y hacer las cosas bien. Se lo debemos a los que ya no están para contarlos, a los que cayeron por nuestro silencio. Podemos y debemos.

# Índice

<i>Prólogo. El libro que nadie quiso escribir</i> .....	5
---	---

## PRIMERA PARTE LAS ENTRAÑAS

1. NEGLIGENCIAS (I): YAK-42, CUANDO EL ENEMIGO ESTÁ EN CASA .....	17
2. NEGLIGENCIAS (II): ASESINOS SOBRE RUEDAS .....	39
3. NEGLIGENCIAS (III): LOS ASES DEL CRIMEN.....	57
4. CORRUPCIÓN (I): LA CORRUPCIÓN, UNA CUALIDAD MILITAR.....	83
5. CORRUPCIÓN (II): LAS CATACUMBAS.....	99
6. CORRUPCIÓN (III): EL ECOSISTEMA.....	115
7. ACOSO (I): EL ABUSO Y EL ACOSO COMO UNA HERRAMIENTA DE TRABAJO .....	143
8. ACOSO (II): EL ACOSO SEXUAL Y LABORAL.....	151
9. ACOSO (III): LA SOLDADESCA .....	181
10. ACOSO (IV): LA ESCORIA.....	201
11. ACOSO (V): LOS CUERPOS EXTRAÑOS .....	217

12. PRIVILEGIOS (I): MACROCEFALIA, LA CABEZA DEL ENGENDRO.....	243
13. PRIVILEGIOS (II): LOS PRIVILEGIOS COMO SUMISIÓN TOTAL .....	261
14. JUSTICIA MILITAR (I): EL BRAZO ARMADO DE LA CÚPULA ....	273
15. JUSTICIA MILITAR (II): LA JUSTICIA DE AMIGUETES .....	289
16. EL NEGACIONISMO: ENTRE LA DESFACHATEZ, LA PATOLOGÍA Y LA HERENCIA GENÉTICA .....	301

## SEGUNDA PARTE LAS CLOACAS

17. UN DISPARATE DE 40.000 MILLONES DE EUROS.....	311
18. EL DISPARATADO EJÉRCITO DE GILA .....	323
19. CRÓNICA DE OTRO DESASTRE HISTÓRICO.....	345
20. PEDRO MORENÉS, EL <i>SEÑOR DE LA GUERRA</i> .....	355
21. EL NEGOCIO DEL «KING» .....	367
22. TRÁFICO DE DROGAS, DE LA FINANCIACIÓN A LA PERMISIVIDAD .....	379
23. LA GUERRA (I): LOS BALCANES, UNA GUERRA A LOS POSTRES .....	391
24. LA GUERRA (II): AFGANISTÁN, EL RENACER DEL TERROR.....	411
25. LA GUERRA (III): IRAK, EL IMPERIO DEL MAL CONTRAATACA.....	441
26. LA GUERRA (IV): UN AVISPERO SIRIO PARA DEBILITAR A RUSIA Y HACER CAJA .....	473

## TERCERA PARTE LA PLACENTA

27. EL TEJIDO EMPRESARIAL DE LA TRAMA.....	495
28. LA SUMISIÓN MEDIÁTICA.....	509
29. LA DESFACHATEZ GENERALIZADA .....	537
30. LOS SICARIOS DE DIOS (Y DE FRANCO).....	557

## CUARTA PARTE LA FORJA

31. LA GUERRA COMO NEGOCIO Y LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN COMO EJÉRCITOS.....	585
32. LA TRANSICIÓN, ESE ENTRAMADO MAFIOSO DE JUAN CARLOS I .....	613
33. LAS MARIONETAS DEL RÉGIMEN: ETA Y LA ULTRADERECHA .....	639
34. EL GOLPE DE ESTADO DEL REY .....	677
35. EL 23-F, LA RENDICIÓN DEFINITIVA DE LA SOCIEDAD .....	709
36. LOS ESTERTORES Y LOS SILENCIOS DE LA RENDICIÓN.....	733

## COLOFÓN

37. HACIA UN EJÉRCITO POPULAR.....	751
<i>Epílogo. Coordinadas de un suicidio .....</i>	<i>769</i>
<i>Apéndices .....</i>	<i>779</i>
<i>Notas .....</i>	<i>797</i>

*TÍTULOS PUBLICADOS*

Gregorio Morán

**El cura y los mandarines**

Historia no oficial del Bosque de los Letrados  
Cultura y política en España, 1962-1996

Julio Anguita / Juan Andrade

**Atraco a la memoria**

Un recorrido histórico por la vida política  
de Julio Anguita

Gregorio Morán

**El precio de la Transición**

Rebeca Quintans

**Juan Carlos I**

La biografía sin silencios

Georges Minois

**La Iglesia y la ciencia**

Historia de un malentendido

China Miéville

**Octubre**

La historia de la Revolución rusa

Gregorio Morán

**Miseria, grandeza y agonía del Partido  
Comunista de España**

*DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN*

Marzio Barbagli

**Despedirse del mundo**

El suicidio en Occidente y en Oriente

*El libro negro del Ejército español* es el alegato público de un exteniente del Ejército de Tierra para demostrar todo aquello que lleva años denunciando y que la mayoría de la sociedad ha decidido ignorar: nuestras fuerzas armadas siguen siendo las de Franco, pero estandarizadas a niveles OTAN. Referencia tras referencia se podrá comprobar que existen patrones que demuestran de forma inequívoca la existencia de corrupción sistémica, abusos y acosos, privilegios anacrónicos, órganos de control cómplices y una cúpula militar negligente. Igualmente, quedará al descubierto la inoperante clase política, los medios de comunicación y periodistas censurados, y el lucro de las empresas y las entidades bancarias. La existencia hoy de estas fuerzas armadas demuestra inequívocamente que el relato de los últimos cuarenta años no es ni ha podido ser el que se sostiene oficialmente.

Pero *El libro negro del Ejército español* es mucho más que eso. Es el grito desesperado de miles de militares maltratados y expulsados, condenados a morir o resultar heridos por negligencias, obligados a sostener el edificio de corruptelas, abusos, acosos y privilegios y, finalmente, sometidos a una precariedad laboral, a una total ausencia de libertades y derechos y a una absoluta alienación más propia de una secta o una mafia que de una institución moderna. Además, es la denuncia clara y sin matices de los últimos veinte años, de las guerras neocoloniales de Irak y Afganistán, de los disparates armamentísticos, de las puertas giratorias, del submarino que no flota y los carros de combate almacenados y despiezados por falta de combustible, del delirio más absoluto que la mayoría de los civiles pudiera imaginar.

*El libro negro del Ejército español* es, en suma, el libro que nadie más quiso escribir.



[www.akal.com](http://www.akal.com)



*Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.*